

1997

Crónica habanera

Luis Eyzaguirre

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Eyzaguirre, Luis (Otoño-Primavera 1997) "Crónica habanera," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 13.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/13>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

CRONICA HABANERA
Septiembre 11-19, 1993

Luis Eyzaguirre
University of Connecticut, Storrs

Hartford, sábado 11 de septiembre.

¡A La Habana me voy!

Salgo de Hartford a las 8:30 de la noche dejando atrás todos mis problemas irresueltos y me lanzo a una aventura que debí emprender hace años. Rumbo a Miami, via Raleigh/Durham, Carolina del Norte. Etapa sin incidentes aunque sí mucha aprensión.

Miami, domingo 12 de septiembre.

Sí; ¡A La Habana me voy! Un acogedor avión del Lloyd Aéreo Boliviano despegó a las 10 a.m. con su carga rumbo a Cuba y, de pronto, ya estoy en La Habana empezando a ver lo que temía encontrar, lo que tantas veces me negué a imaginar. Un descolorido aeropuerto Martí, larga espera; trámite aduaneros, más espera. ¡Que no sea como parece ser! En un autobús de esos de mis tiempos en Chile comienza mi ingreso, el ingreso de este viajero medio inocentón a La Habana 1993. Este ya no “infante” ni todavía “difunto” visitante entra temeroso en un espacio que parece ser el de las ilusiones perdidas.

Llegamos yo y como otros treinta pasajeros de pelajes diversos a un hotel de El Vedado. Este ya no es El Vedado leído en esas páginas recorridas infinitas veces por esos nostálgicos “tigres”, nostálgicos y “tristes” ya en el 58.

¡Hojo! ¡Vedada está la nostalgia!

Nos instalan en el Hotel Capri que por cierto ha conocido mejores días. Lejos, muy lejos de esa otra isla; nada, excepto el nombre la trae a la memoria. ¿Es que aquí nada recuerda nada?

Por el Malecón con el amigo Jorge visitante que parece más afectado que yo por lo que hasta aquí hemos visto. Con ganas inmensas de vivir lo

entresañado, ensayo mis primeras sonrisas y saludos para nuestros primeros encuentros. El mismo cielo, el mismo sol, el mismo mar, la misma brisa. Pero las mujeres que por el Malecón salen al paso de estos desolados "infantes" no son las del 58. Ahora el precio de la conquista no es la entrada a un delirante Tropicana; se ha desmonetizado al de una "anti-revolucionaria" Coca Cola, o, aún peor, al de un melancólico chicle. Tristes tiempos, decaído espacio. Desafortunados seres se me figuran los que voy encontrando: sin acceso a la nostalgia y privados del tiempo de la esperanza.

Noche Habanera esta primera noche a la que nos lanzamos; "tigres" más bien temerosos del encuentro con las "presas" posibles.

Luego de un azaroso viaje por la noche habanera, entramos en el espacio del mito al anclar en "La bodeguita del medio", meta obligada de quien sigue las muy transitadas huellas dejadas por el viejo Hemingway. Por sobre los azares de muchos "¿que quiere usted compañía?"; "¿que es que necesita PPG para que le vaya bien?"; "¿que es que quiere puros?" ... había surgido, así, de repente, el legendario bar como un refugio oportuno para estos desconcertados naufragos de la noche.

Es verdad que tiene atmósfera este hueco en el que ese viejo zorro capitalista, siempre en busca de nuevas sensaciones, degustaba sus mojitos. Confiando recordar las proporciones exactas, anoto la receta: rón, limón, azúcar, agua y yerbabuena macerada. Con Jorge (hasta eso se ha devaluado; somos ahora sólo dos "tigres") nos concentramos voluntariosamente en nuestros propios mojitos, cosecha 1993, pero que nos aseguran ser (y así queremos creer) tan buenos como los de entonces. Me empiezo a sentir muy bien hasta el momento en que entreoigo unos tímidos lamentos que imploran "Papito, étranos"; "Papito, no seas malito, étranos". Y los mojitos ya no saben bien. Entre ellos y mi deleite se han interpuesto dos rayos de luz intensa, dos bellos, insondables ojos negros que se cuelan por entre las rejas que separan el espacio de unos mojitos que apaciguan y el espacio de unos ojos que perturban. Y, tras los ojos, una cara suplicante en un cuerpo impúber ofreciéndose todo en oferta perversamente inocente que podría hacer posible el acceso a ese espacio otro, el espacio de mis mojitos. No puedo abolir las distancias; para facilitar el ingreso habría que acceder a la oferta. Un agente del "orden" llega a clausurar el momento. Y ahora los mojitos se hacen dos, tres... y ya no saben igual que hace un momento.

Escape en un taxi por el que hay que esperar largo rato mientras tengo que negar a una larga parentela (tío, me llaman) que me pide cosas, que me ofrece "placer", PPG, que anticipa un final consabido a nuestra noche habanera con un pago que premie sus afanes mercantiles. Todo un turbio comercio que yo creía que había desaparecido de La Habana y que está de vuelta, ahora como medio de mera supervivencia. ¿Fue todo para que volvieran, recrudescidos, los mismos males?

De vuelta en el hotel, el venido a menos Capri. Sueños. Me hundo en sueños extraños que me preparan mal para un nuevo día, mi segundo en La Habana.

La Habana, lunes 13 de septiembre.

Se me olvidaba apuntar que he venido a esta debatida y aleccionadora isla invitado a un congreso de literatura del cual hoy lunes es el primer día. La inauguración es por la mañana en ese faro de la cultura latinoamericana que fue Casa de las Américas. Ignoro el bus puesto a disposición de los congresales y me voy a pie por una Habana que despierta al luminoso comienzo de otro bello "amanecer en el trópico". Es lunes y la gente vuelve a su trabajo y los niños a la escuela. Se me ofrece una realidad que parece no ocultar nada. Tomo algunas fotos indiscretas aunque necesarias para mí por las que me convierto en blanco de miradas que no sé si son simplemente curiosas, desconfiadas, u hostiles. Tengo que admitir que, aunque no un Mister Campbell cualquiera, me estoy comportando como un turista bastante despistado. Bien mirado, el bolso donde llevo la cámara fotográfica tiene un inquietante parecido al bastón que Mr. Campbell perdiera en La Habana.

Ya en Casa de las Américas, escucho ponencias académicas que son las de siempre, como de quienes vienen y como para quienes van. Funcionan como elemento aislante de la realidad, de esa realidad que tanto me interesa "descubrir".

Aprovecho el tiempo para remontarme a hechos y acontecimientos que no me abandonan. Y, como parece que este viaje me ha traído a la región de las ilusiones perdidas, reflexiono sobre lo que yo también he perdido. Pienso en las mujeres que amé y que me amaron, mujeres que pudieron centrar mi vida. Pienso en Clara que me quiere hoy y a quien yo quiero. Y pienso si ella es mi destino.

Vuelven hoy viejos amores que también pudieron ser destinos. Vuelve Mara que se perdió ya no sé dónde y a quien casi no logro traer a la memoria como era, toda ternura, toda deseos de hacerme feliz y ser feliz conmigo. Mara, la que dejé ir.

Vuelve Alison, la bella e inalcanzable Alison quien, sin embargo, estuvo siempre ahí, a mi alcance; la de esos muchos encuentros cuyos signos no supe o no me atreví a descifrar; la de la senda no tomada. Otro destino perdido al que con frecuencia alarmante mi memoria retorna.

Y entre las presentaciones académicas que se suceden y las palabras que no escucho surgen Maruja y Julia, las dos mujeres con quienes hice gran parte del camino y con cuyo recuerdo llega un sentimiento de calma.

Morosos otros recuerdos cruzan el espacio en que viven mis memorias. Pasan Chela, mi primera "maestra" y tras ella Margarita, el camino de la

carne. Vuelve Laura, entrañable compañera de un maravilloso viaje por la desolada meseta castellana y la verde, nostálgica Galicia. Un tibio verano de Vermont llega con el recuerdo de Jenny, la de las traviesas sonrisas. En mi vieja edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* dibujaba unas esbeltas copas que eran su invitación a compartir unos momentos. Luego, durante un inolvidable fin de semana en Hartford, por última vez reitera lo que hasta entonces había sido sólo juguetona advertencia: “estamos entrando en territorio peligroso”. Y ya no vuelvo a verla. Jenny, la que tenía novio en Carolina del Norte.

Estos mágicos meses de Vermont fueron la cura que me permitió dar mis primeros pasos sin Maruja, mi esposa y la madre de mi hijo. Representan también un torbellino que no me permitió darme cuenta que se me iba Mara. Tampoco supe apreciar entonces que con Julia se iniciaba un período de mi vida que me traería paz y contentamiento por un largo tiempo.

Y cómo olvidar las más recientes, aceleradas semanas vividas en un lugar cuyo nombre todavía no me atrevo a repetir, con una mujer cuyo nombre todavía me duele revelar. Iba a ser la “mujer-mujer” (decía ella) que me enseñaría el amor como yo no lo había conocido. Retazos robados a ese tiempo me han convencido de cuánta razón tenía. Dolores, “regalo anticipado de los dioses” que no pude conservar. Todo este mundo de recuerdos vuelve mientras aquí, solo ahora en La Habana, se suceden, también como en un sueño, las no sé cuántas ponencias de esta mañana inaugural del “Congreso Internacional sobre Julián del Casal y el Modernismo” que en este instante acaba de clausurar su primera sesión.

Almuerzo donde puedo, tarea no fácil si no es en el Capri, Con Jorge caminamos por la Habana Vieja, a pleno sol de la siesta, para verlo todo, sin ocultamientos. El sol implacable cae sobre la calle Neptuno, en un tiempo arteria vital de la ciudad, que revela sin pudor alguno su miseria actual. Su resignada tristeza es hoy escaparate de los difíciles tiempos que vive La Habana.

Neptuno nos deja en el restorán “Floridita”, otro de los sitios que lucha, sin conseguirlo, por recrear la atmósfera de los días vividos por ese mítico invasor del espacio habanero. Se empieza con un daiquirí hemingwayano (realmente bueno) que es obsequio de la casa y viene luego una comida servida con la etiqueta de esos años que es lo único que se parece a lo que debió haber sido la cocina cubana. Melancólicas guitarras y cuatro desangelados cantantes ensayan canciones que en un tiempo fueron alegres, pero que en este salón suenan incongruentes en su lucha con la tristeza infinita del local.

Mientras almorzamos, tenemos una larga y reveladora conversación con Jorge. Nos hemos conocido por tantos años y nunca habíamos hablado, así, abiertamente. Buena persona parece ser este “tigre” Jorge, y buen amigo, si hubiéramos dejado caer antes nuestras defensas. Me dice que en

ese verano de Vermont compartido como profesores visitantes estuvo algo enamorado de Mara y que envidiaba mi “suerte”. Yo, por mi parte, le cuento el fin triste de esa prometedora relación.

Caminamos por el barrio de la Bahía y el Malecón pasando por la Plaza de Armas. Hago mfa la nostalgia de esos “tres tristes tigres” del 58, aunque no comparto varias de las razones para su nostalgia: era hermosa La Habana. Debió haber sido una lástima muy grande perderla entonces.

De vuelta al hotel en taxi (modelo 1993 con aire acondicionado) a una cena que me deprime por el inimitable ingenio con que se pretende disimular la escasez y ninguna variedad de lo que ofrece. Luego a la calle otra vez y a batallar con las damas-niñas de la noche que se resisten a aceptar las negativas con que a veces son rechazados sus “tentadores” y muy directos ofrecimientos de la única mercancía que se les ha permitido conservar, el último capital que les queda.

Otro día termina. La noche, ya muy avanzada, no promete descanso, cargada de pensamientos contradictorios.

Martes 14 de septiembre.

A pie, solo a Casa de las Américas. Es temprano y La Habana parece ser como cualquiera otra ciudad que despierta. El sol, la brisa marina, la gente me hacen sentir parte de este sitio. Pienso que hoy me gustaría ser habanero. Saco fotos y las miradas son ahora amables, no desconfiadas.

Llego al salón del congreso razón aparente de mi visita a Cuba y toda la mañana soy un buen congresal, escucho todas las ponencias. Por la tarde leo la mfa: “Evasión y arraigo en la novela modernista: *La gloria de Don Ramiro*”. Lectura que, como de quien viene, empieza vacilante para llegar al final convenciendo, por lo menos al emisor. Sí, me gustó mi presentación. Jorge, el otro “tigre”, disiente enfáticamente de mi punto de vista crítico, algo que no me causa gran preocupación porque, de alguna manera, confirma la validez de mis apreciaciones si pienso que, aparte del afecto que por él siento y lo que respeto su labor literaria, raramente coincidimos cuando discutimos sobre nuestras lecturas.

Después de la cena, ya algo tarde, vamos a visitar al poeta Eliseo Diego quien vive a unas cuantas cuadras del hotel. Nos recibe su esposa Bella García Marruz y nos informa que Eliseo está en México donde fue a recibir el Premio Juan Rulfo. Le entrego lo que he traído para él: las últimas “noticias” de Pedro Lastra y un flamante ejemplar de la revista *Inti*, número 18-19 que a mí mucho me gusta por ser el de los *Catorce poetas hispanoamericanos de hoy* en el que Lastra y yo incluímos textos de este fino y sugerente poeta cubano. Tuvimos una cordial y reveladora conversación con su esposa sobre Eliseo y sobre todo lo que ha significado para ellos dos el haber vivido en Cuba todo el conflictivo proceso de la revolución.

En el camino de vuelta al hotel, Jorge, quien conoció a Diego en Nueva York, hace gratos recuerdos de este gran poeta. Pocas semanas después de la visita a su casa, ya de vuelta en los Estados Unidos, habrá de recibir la triste noticia del fallecimiento de Eliseo Diego en México.

Salimos con Jorge de la casa del poeta y caminamos al Hotel Nacional impecablemente restaurado. Me acerco al bar imaginando que este momento pudiera haber sido culminación de una de esas tan conversadas noches de los tres míticos tigres. (En este apartado debo señalar que me parece errado el sesgo ideológico-político que han tomado varias de las lecturas que se han hecho de la novela de Cabrera Infante. Son lecturas que, ignorando los sentidos originales, buscan su punto de apoyo en la suerte adversa que ha corrido la revolución cubana. Por mi parte, vuelvo a leer la novela y, citando de ella, insisto que es “un ejercicio en nostalgia” por esa “sabrosa bella durmiente blanca ciudad”).

En el Nacional con Jorge bebemos unas cuantas “Cubas Libres” (por su posible valor propiciatorio) y discutimos ad infinitum sobre literatura (por hábito y profesión).

A la salida, en los jardines del Nacional, se nos acerca un hombre del brazo de dos hermosas y exuberantes jóvenes habaneras vestidos los tres como para una fiesta de “las de entonces”. Como un señor desplegando sus riquezas, el hombre ofrece a “los caballeros dos sabrosos frutos de la tierra, cortesía de la hospitalidad cubana en esta cálida noche del trópico”. Contagiado de su desplante y simpatía, me olvido de la naturaleza de su comercio y le respondo que, estando muy cansados, no podemos abusar de su generosidad. Le sugiero que, siendo ya muy avanzada la noche, sea el quien disfrute de su apetitosa fruta. Fingiéndose aparatosamente ofendido, nos informa que eso no puede ser ya que él está casado y es un “hombre de principios”. El encuentro termina como empezó, amablemente. Se despide de nosotros y los tres se alejan, tarareando él una canción, en busca de clientes mejor dispuestos. Por nuestra parte, Jorge y yo nos vamos al Capri que queda ahí, a la vuelta de la esquina.

Considerando lo experimentado hoy, creo que dormiré apaciblemente; me voy a la cama bien comido, bien bebido, y muy largamente conversado.

Miércoles 15 de septiembre.

Temprano en Casa de las Américas escucho lo que fue una buena presentación de Jorge, muy bien recibida por los asistentes. Hay más ponencias y, entre ellas, intercambio unas cuantas palabras cordiales con Angel Augier, uno de los primeros críticos de Nicolás Guillén y hoy celoso decano de la cubanidad literaria.

Ayer, antes de la visita a casa de Eliseo Diego, hubo una estimulante conversación durante la cena con Jorge y con Joseph Schraibman quien, con

este viaje, vuelve a La Habana por primera vez después de cuarenta y cuatro años. Mis desencantos deben ser insignificantes en relación con los suyos. Ya ha ubicado las tres casas en que vivió cuando niño, una de las cuales queda muy cerca de la que fue casa de José Martí, hoy museo nacional. Chispeante conversador, Schraibman nos deleita con sabrosos episodios de unos cuentos/semblanzas de su reencuentro con personajes y espacios de su niñez. El sí que tiene todos los derechos a esa nostalgia que yo hago mfa sólo de segundo o tercera mano, o más, si es que cuento las varias fuentes de las que surgen mis recuerdos y los varios filtros a través de los que pasan. Tengo que pedirle a Joseph que me permita leer algunos de sus cuentos; pueden ser un buen estímulo para estas páginas más.

En el salón donde nos reunimos los congresales he continuado escribiendo mientras entre-escuchaba alguna presentación. A las dos almuerzo con Osvaldo, gran amigo de largo años, y con su simpatiquísima amiga Magda, de Xalapa. Sale una invitación a otro congreso que se realizará el próximo octubre 15-17 en la bella ciudad veracruzana. Podría ser ésta mi segunda vez en ese lugar de tan amable recuerdo, donde, en 1980, se rindió muy merecido homenaje a Juan Carlos Onetti, gran adelantado de la narrativa hispanoamericana.

Ahora más acostumbrado al ritmo del congreso y de La Habana, creo que dormiré bien. Contribuirán a ello, por cierto, varios mojitos que me ayudan a recrear la afectuosa conversación con la esposa de Eliseo Diego y la más reciente, sabrosa sobremesa con Joseph Schraibman.

Jueves 16 de septiembre.

Decidimos con Jorge hacer hoy una visita al cementerio de La Habana. Pudiera ser que quienes vivieron otras épocas tengan otras historias que contar. Después de todo, el cementerio ha sido declarado Monumento Nacional. Muy temprano la mañana nos encuentra cruzando a pie por el barrio de la Universidad hacia la Plaza José Martí. Quisimos ver de cerca el monumento al disputado prócer de la patria cubana pero, desde una gran distancia, guardias armados nos lo impidieron. Dócilmente les mostré mi cámara fotográfica con un gesto (mi inoportuna, delatora cámara otra vez) y ellos bruscamente me disuadieron mostrándome sus ametralladoras. Resignado a no tener ni siquiera una foto del lugar, seguimos caminando y pasamos frente al prestigiado Instituto Cubano del Teatro donde esta misma semana hay un congreso sobre teatro latinoamericano. En nuestra ruta también dimos con la muy importante Cinemateca Nacional, lugar que, como el anterior, pudimos haber visitado de haber tenido el tiempo. La Habana ofrece una interesante actividad cultural muy asequible al público, a juzgar por lo que he visto: teatro, cine, congreso de literatura, conciertos musicales.

Llegamos por fin al cementerio y mi primera impresión es que los muertos está muy bien cuidados aquí. Se diría que, a diferencia de quienes no han alcanzado aún este definitivo estado, los muertos viven muy bien. Todo muy limpio, bien pintado, en perfecto orden. Hay algunos bellos (y podría decirse sobrios) mausoleos, como el de los padres de José Martí. La tumba del poeta está en alguna otra parte, me dicen que no en este cementerio. Se ven interesantes muestras de un arte que se acerca a lo neoclásico. Abundan también mausoleos extrañamente elaborados que en un desbordado eclecticismo rinden culto a estilos diversos y contrastantes. Nos detuvimos por algunos minutos frente a un monumento funerario que es, parecía ser, una pirámide maya, tal vez Palenque. En fin, modos peculiares y variados de sentar residencia en el espacio de la muerte. Diversidad que sería deseable para los que todavía ocupan el espacio asignado a los vivos.

Luego de reflexivo deambular por las sombreadas avenidas del cementerio, iniciamos un apresurado regreso al otro mundo. Caminamos por largo rato, tiempo interminable para mí que (como me sucede siempre que me someto a experiencias de este tipo) siento el estómago muy malo y sin poder ver un taxi por parte alguna. Temo no llegar a encontrar un baño. Como casi no hay agua potable en las casas, las personas a quienes me acerco, con gran delicadeza, y parece que muy a su pesar, no pueden ayudarme y dicen no tener baño disponible al público. En el camino pasamos por una escuela a la que no me he atrevido a entrar porque veo niños que, a su vez, me miran con ojos esperanzados. Aunque ahora ya no pretendo usar mi cámara, sale una profesora y muy amablemente me pide que, en vez de sacar fotos de los niños, les dé algo. Y yo que en este momento no tengo nada, ni dinero, ni lápices, ni chocolates, ni chicles; nada, excepto lo que debió haber sido una desolada sonrisa que no consigue disimular mi impotencia.

De mi trance estomacal me salvan un señor que se identifica como Manuel Ordóñez y una muchacha que maneja el coche que ambos en sociedad dicen operar como taxi. Una muestra de una pequeña, naciente empresa privada que el gobierno ya no reprime, más bien alienta. Nos presentamos y nos ponemos de acuerdo para vemos más adelante. Por ahora, lo más inmediato es pasar a dejar a Jorge a Casa de las Américas donde continúa nuestro congreso y pronto, muy de prisa, al Capri. Tomo un baño, cambio de ropa, descanso unos minutos y otra vez en Casa de las Américas... y más ponencias.

Esta noche, después del paseo por La Habana organizado para los congresales, visitaremos en su casa a nuestro nuevo amigo Ordóñez. Dice haber ido a Chile como chofer de Fidel en ese para los chilenos (desgraciadamente no todos los chilenos) malhadado año de 1973. Puede ser un encuentro interesante el de esta noche.

Vuelvo al hotel con otro profesor chileno, ahora también en los Estados Unidos, para quien, evidentemente, el 73 no fue un año de desgracia. Deja traslucir cierto aire de satisfacción por el estado de deterioro que se observa en La Habana, como si todo lo que vemos sirviera de comprobación a lo que él siempre pensara o deseara. Fueron diez cuadras de difícil conversación hasta el Capri.

Almuerzo con Jorge en el Hotel Presidente, no mejor que nuestro Capri. Por la tarde hay una gira en autobús con todo el grupo por el muelle, y por el barrio de la antigua Estación Central (que ya apenas si se usa) frente a la casa-museo de José Martí. Subimos luego por la Calzada de Jesús del Monte lo que trae a mi memoria el notable poema de Eliseo Diego que evoca esa avenida. Mientras el autobús trepa por esa calle donde el “canto del mar y canto irrestañable de los astros” (dice el poema) se junta con el trajinado “polvo” de esta tierra, pienso que ahora ese bello texto del poeta cubano a quien no llegué a conocer, en una nueva lectura, me entregará todos los sentidos que en las primeras lecturas me fueron negados. “En la Calzada de Jesús del Monte”, texto de 1949, exalta Diego:

Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes
cuando la demasiada luz forma nuevas paredes en el polvo
y mi costumbre me abrumba y en ti ciego me descanso.

La excursión termina en casa de la pintora Amelia Peláez quien vive muy arriba en esa calzada que sirve de eje a un barrio donde todavía la vida parece triunfar por sobre el menoscabo de cosas y de gentes. Hay una recepción que evoca épocas preteridas por las muy finas atenciones de los anfitriones y por la sobria elegancia de los varios salones de una residencia que parece existir fuera de estos malos tiempos.

De vuelta de nuestro paseo, cenamos en el Capri y caminamos luego por el Malecón las pocas cuadras que hay hasta la casa de Manuel Ordóñez. Allí él nos espera con su compañera quien nos prepara un delicioso cafecito cubano. Ambos se muestran orgullosos de ser propietarios del pequeño apartamento construído con sus propias manos y, no se olvidan de apuntar, “sin la ayuda del partido”. Pronto partimos a lo que me pareció un pretencioso Hotel Riviera (para poder hablar más en privado) y nos sentamos, abundantemente provistos de ron y cerveza, anticipando una conversación con un cubano que ha viajado junto a Fidel y que ha vivido en Cuba todo este tiempo. Sí; hablamos mucho de la Revolución, de Fidel y de la lealtad que los cubanos en la isla le continúan ofreciendo, de las ya tan discutidas causas posibles del fracaso del proyecto revolucionario, de la ausencia de opciones en el presente y del temor a un futuro cargado de amenazas. Porque, si no Fidel, ¿quién? ¿Los grupos de oposición de Miami ansiosos de volver a los tiempos en que La Habana (hoy sería toda Cuba) procuraba a los

norteamericanos (hoy sería todo el mundo capitalista) la satisfacción de sus más bajos instintos?

Como nada adelantamos con nuestras discusiones, aparte de estar de acuerdo en que cualquiera posible solución tendría que contar con la aprobación de Castro, decidimos ir a la playa mañana sábado. Después de todo, si no podemos arreglar la situación cubana esta noche, sí podremos gozar de nuestra recién comenzada amistad mañana. Precisaremos los detalles cuando Manuel pase por el hotel a recoger los rollos de película que me quedan y que él, como fotógrafo que es, aprovechará mejor que yo. He renunciado a mi pretensión de reportero gráfico y me libero también de mi condición de "visitante".

Muy pasada la medianoche, regresamos a pie al hotel pasando por frente a Casa de las Américas. Por el largo tramo del Malecón ya no nos asedian las "jineteras", que es así como en verdad llaman a las muchas mujeres que pueblan las noches habaneras en busca de clientes. Parece que, siguiendo al pie de la letra las muy recientes instrucciones de Manuel sobre cómo caminar, cómo responder a las propuestas, hemos llegado al punto en que podemos pasar por habaneros. Nos hemos mimetizado. Ha llegado también el momento en que desaparezcan de estas páginas alusiones a esos dos desconsolados "tigres" de los primeros cinco días. Era difícil y agotador tratar de mantener una ilusión que ya me parece insostenible. Digamos ahora que éste es sólo un "diario" de un viajero que llega a La Habana en 1993 y que no encuentra lo que, contra toda esperanza, esperaba encontrar.

Después de este largo día entro al Capri agobiado por el peso de las muchas emociones vividas. Cuando pensaba que el día había terminado, encuentro en el lobby del hotel a Arsenio, compañero congresal que en este corto tiempo ha conquistado todo un establo de "amigas" habaneras quienes, si aún no lo son, están en el camino de ser "jineteras". En el caos de este mundo al borde del desastre, Arsenio ha perdido el control de sus acciones. Rodeado por sus niñas, se ve desorbitado. Se diría que vacila entre lanzarse a gozar de la aventura y algún sentido moral que lo retiene. Esto a diferencia de otro cliente del Capri quien no sé si es también académico participando en el congreso. Este ser gordo, sudado, siempre acezante, noche tras noche elige una de las varias "presas" que en el modesto bar del hotel esperan mansamente al "cazador". Luego de algún tiempo, regresa, más sudado y más jadeante, a ocupar su lugar en el bar, siempre al acecho.

Una de las "amigas" de Arsenio le dice que quiere conocerme. Es una muchachita muy joven y que aparenta ser muy inocente, a menos que lo sea yo. De seguro ha creído ver en mí algo así como un padre bondadoso en quien podría confiar. En una noche que llega después de un día como el vivido no puedo ser si no evasivo. Intercambio algunas frases con ella y, muy pronto, me transformo en abuelo que parece no entender de qué juego se trata. Con algún pretexto, me alejo del grupo y voy al ascensor donde mi

tarjeta me identifica y la ascensorista (quien mucho tiene de “jinetera” que añora su antigua profesión) me lleva a mi piso. Entro en mi habitación y caigo en un sueño denso, pesado, del que me despierta el trajín de la mañana.

Viernes 17 de septiembre.

Despierto pensando en el pijama que anoche no pude encontrar, el pijama ése que había comprado especialmente para “mi viaje a La Habana”. Quiero hablar con la señora encargada de mi habitación y no la ubico por ninguna parte. Olvidándome por un instante de la amabilidad y eficiencia con que ella me ha atendido, voy a preguntar a la gerencia. Ofendido por lo que infiere de mi pregunta, el gerente me asegura que nunca nada se pierde en este hotel. Acepto su explicación, pero ya no consigo evitar el escándalo que se me viene encima. Hacen venir a la señora y ella, con gran dignidad, sostiene no haber visto el “bendito pijama” la última vez que hizo la cama. Los otros empleados que han venido a ver qué pasa dan testimonio de la honradez de la mucama lo que yo inmediatamente intento corroborar. Pero sé que ya no hay nada que yo pueda hacer para salir bien de este embrollo. He caído en un episodio tan lamentable (aunque no tan regocijado) como el del “bastón de Mr. Campbell”. Sí, el mismo, el de esos “tres tristes tigres” de la novela de Cabrera Infante. Aunque yo no me he referido a una “cuestión de principios”, como hace el inefable personaje novelesco al reclamar sus derechos sobre el disputado bastón, mi posición es tan insostenible como la suya. El “visitante” Mr. Campbell, de vuelta en su hotel, encuentra ahí “su bastón” el suyo, no ese otro bastón que ahora tiene en la mano y del que acaba de despojar a un “viejo de color” en la calle. Sin pensar más en asunto tan molesto, Mr. Campbell, en la novela, decide dar por terminado el incidente. Yo, por mi parte, en la realidad, de vuelta en mi habitación, veo el “maldito pijama” tirado en un rincón, detrás de la cesta de los papeles. Insistiendo en las diferencias entre ficción y realidad, paso por la gerencia a dar explicaciones por el hallazgo de la prenda extraviada, acción que no tranquiliza del todo mi conciencia.

Mal se ha iniciado el día. Un aire melancólico se cierne sobre La Habana. Con Jorge damos nuestro último paseo por la ciudad pasando por la universidad y caminando por barrios donde la vida parece transcurrir normalmente. Hay largas colas para la locomoción con mucha gente que espera pacientemente y que parece estar segura de que su “guagua” pasará en algún momento. Hay muy pocas colas para la venta de alimentos. De vez en cuando se corre la voz de que en tal parte han llegado huevos o pan o aceite y la gente corre a tomar su lugar en una fila que con frecuencia se desintegra luego de que unos cuantos afortunados logran canjear sus cupones. Y de ahí a otra, y a otra, que debe ser la manera cómo muchos

habaneros pasan el día. Ahora entiendo mejor por qué las personas que eran invitadas a alguna colación en el Capri por alguno de sus parientes congresales se excusaban por sus “malas maneras” y llenaban sus bolsos con todo tipo de comida que hubiera en la mesa para llevar a sus familias que ese día se alimentarían bien. Me avergüenza ahora pensar en cuánto me he quejado de la calidad y poca variedad de la comida en el hotel.

En la tarde se leen las últimas ponencias del congreso que fue clausurado inmediatamente después con el obsequio de un folleto que reproduce la portada de un número de la revista *La Habana Elegante* publicada entre los años 1883-1896 bajo la dirección del poeta Enrique Hernández Miyares y en la que Julián del Casal colaboró con asiduidad tal que podría ser considerada la suya propia. (Ese folleto, en los buenos tiempos, habría sido una re-edición de lujo de algún número especial de la revista). Se nos otorga también un documento en que se nos agradece nuestra participación y hay un festivo agasajo con mojitos y bocadillos de la pastelería cubana. Todo muy cordial y ofrecido con gran finura por nuestra anfitriona Profesora Luisa Campuzano. Algunos dicen recordar otros congresos con la asistencia de Fidel (algo que me parece pertenecer a la categoría del mito) y otros jerarcas del régimen, mientras añoran los festejos fastuosos de los buenos tiempos. Bueno, éste fue un congreso que no contó con la presencia de Fidel; no olvidemos que no escuchamos ninguno de sus discursos (algo que me hubiera gustado escuchar) y que hasta faltó Roberto Fernández Retamar, irremplazable Presidente de Casa de las Américas que tanto ha hecho por la revolución y la cultura cubanas. Lo cierto es que el festejo de este congreso fue de muy buen gusto. Y si es que quiso parecerse a los de los otros tiempos, fue un gesto conmovedor que no pasó desapercibido para este congresal primerizo en La Habana.

En el Hotel Capri esta penúltima noche. Ahí están algunos fieles parroquianos y parroquianas del mezquino bar. Y ahí están también las ninfas de Arsenio, parece que tristes porque pronto los “visitantes” partirán a sus diferentes hogares en los Estados Unidos. Hay mucha otra gente que no había visto antes en el hotel. Está también “mi ninfa” que me invita a una fiesta esta noche, “toda la noche”, me recalca. Pero un día que empezó con el malentendido del pijama no debe terminar con otro malentendido. Alego tener otros compromisos y me voy a tomar unos tragos, más de unos, en el bar de la terraza del hotel con varios colegas y con Osvaldo, amigo fiel desde mis primeros años en la Universidad de Connecticut, y con Magda. Un buen conjunto folklórico trata de alegrar la noche y Osvaldo y Magda nos sorprenden con sus destrezas como bailarines. En fin, se pasó bien el rato en buena amistad y compañía.

Sábado 18 de septiembre.

Repito la fecha y caigo en la cuenta de que hoy es el día de la “independencia” de Chile. Y como me ha sucedido varias otras veces en este día celebratorio, especialmente desde que no vivo en Chile, me pregunto hasta qué punto es verdaderamente “independiente” mi país. Dejando de lado, por un momento, la relativa “prosperidad” de uno y la decadencia evidente del otro, me asalta la duda de cuál de los dos, Chile o Cuba, es más independiente. Duda que una vez más queda sin resolver.

Con Jorge, Joseph Schraibman y varios otros asistentes al Congreso Julián del Casal damos un paseo por el Malecón hacia el centro de La Habana con la intención de visitar algunos museos. Siempre me pareció mala idea ésta de hacer turismo en grupo. Particularmente hoy cuando las varias opiniones que se vierten acerca de lo que vemos (algunas ciertamente intolerables por la simplicidad del análisis) parecen alejarme de mis propósitos. Me desvío por una calle lateral y pronto me encuentro solo. Converso con una señora que juega con su hijita y nos tomamos un par de fotos juntos. Lo grato del encuentro me vuelve a la realidad de una soleada mañana en una hermosa ciudad que ya empieza a acogerme. Todo comienza a parecerme más relajado la mañana de este sábado. Buena disposición de ánimo que estoy seguro me acompañará esta tarde cuando vayamos a la playa con Manuel Ordóñez y su compañera chofer.

Nos pasan a buscar en su carro que no es de 1993 y no tiene aire acondicionado. No recuerdo el nombre de la playa a que fuimos. Tal vez no tiene nombre oficial por ser una de esas playas a que no van los “visitantes”. Es una “para cubanos”, mal cuidada, casi desierta. Pero el mar es igualmente bello bajo un sol esplendoroso. Nos acomodamos en la playa y Manuel me acompaña a comprar unas cervezas en un almacén que hay por ahí cerca. Espero que Manuel pase primero para mostrarme el camino, pero él me dice que es posible que sólo yo pueda entrar. En efecto, en la puerta del establecimiento un guardia nos dice que sólo el “señor” puede pasar y le dice a Manuel que puede esperarme afuera. Este mi pide que acepte la situación porque no hay otra salida. Así lo hago y entro en una tienda donde hay todo lo que podemos necesitar para la tarde y todo lo que regularmente yo encuentro en las tiendas de mi barrio en Hartford. Y la única moneda que se acepta es la misma que uso en mi ciudad. De entre las innumerables marcas de cerveza elijo las que pienso serán del gusto del grupo y tengo algunos problemas también para decidir qué tipo de galletas o patatas fritas debo llevar. Tal es la variedad de los productos que se ofrecen.

Volvemos a la playa sin hacer comentario alguno. Nos ponemos nuestros trajes de baño y nos tendemos a gozar de la cerveza, del sol y de la compañía. Manuel sonríe ahora abiertamente y su amiga parece varios años más joven que hace apenas unas horas. Metidos en el mar se han vuelto

niños y todos vivimos este momento secretamente convencidos que debemos vivirlo plenamente porque será el único que se nos otorga para disfrutar de una amistad recién encontrada y que no tiene futuro.

Debemos volver pronto a la ciudad y subimos al auto que parece llevarnos ahora más dificultosamente de vuelta. De nuevo conversamos de todo lo que uno piensa que se debe conversar cuando se está en Cuba. Pero, después de estas hermosas horas compartidas, nuestra conversación es mucho más libre y franca. Nos dejan a la puerta del hotel y hay despedidas muy efusivas que mienten irrealizables otros encuentros.

Es mi última noche en los comedores del Capri y, pensando en las experiencias de esta semana, ya no percibo algunos olores desagradables que antes me asaltaban al entrar. Es también mi última noche en La Habana y mi programa consulta una visita nocturna al Tropicana. Pese a haber renunciado a mi condición de "tigre" de mi propia crónica, no podría partir de La Habana sin visitar ese fabuloso Tropicana donde se abre el telón que inicia el espectáculo que culmina esa noche inolvidable en que los "tres tristes tigres" dan conmovedor adiós a esa "durmiente blanca ciudad". Debo verlo, aunque sea por fuera, como una postrera concesión a mi nostalgia.

Vamos con Jorge en taxi y de noche, para verlo en su salsa y sin las arrugas que la luz diurna pudiera revelar. Precaución por cierto innecesaria porque el Tropicana se ve muy bien, como no tocado por el tiempo ni la Revolución. En los jardines y pasillos que preceden el escándalo del salón de espectáculos hay mucha gente, mucha luz, mucha música, mucha alegría. Saco gran cantidad de fotos de este espacio que parece haber permanecido suspendido, fuera del tiempo. Ahora, a cierta distancia de ese momento, me alegro no haber conseguido billetes para la función de esa noche. Es muy posible que, de haber entrado, se hubiera roto el encanto de una imagen que es nostálgica sólo por haber sido soñada tantas veces. Me parece bien que se haya quedado ahí, en las páginas de una novela a las que podré volver cuando la nostalgia me asalte.

Regreso al Capri y trato de no prestar atención a los grupos que se van formando para las varias fiestas de despedida. Subo al bar de la terraza y hay tragos y música y grandes esfuerzos por conquistar la alegría. Y, como consecuencia, más tristeza. Y luego a la cama.

Domingo 19 de septiembre.

Mi último día en La Habana me encuentra en pie muy temprano. Quiero echar una última mirada a la ciudad antes de partir al aeropuerto. Quiero mirarla largamente como hoy la veo e imaginar como era en el 58 y como tal vez pudo ser. Pasa un niño y me cruzo en su camino para darle mi lapicera que ya no voy a volver a usar. Quiero que se quede en La Habana.

Yo me llevo la ciudad conmigo. Anoche le entregué a Mirta, una de las gufas más discretas que he conocido, algunas de esas cosas que aquí ya no se encuentran, jabón, dinero. Le hice un paquete porque pensé que de otra manera podría no haber aceptado mi regalo. Ella, por su parte, me había conseguido con grandes dificultades un par de cuadernos de escuela, con las tareas y ejercicios escritos muy ordenadamente y con una bella caligrafía. Son esas tareas y ejercicios que cada nuevo año se tienen que borrar para que otro estudiante pueda volver a usar los cuadernos. No hay indoctrinación política en las lecciones. Si recuerdo bien mis años en la escuela pública No. 1 de San Carlos, había más menciones a las bondades y virtudes de la patria chilena en los libros en que aprendí mis primeras letras que las que hay sobre Cuba en ese par de cuadernos de una escuela cubana de 1993.

Por sobre todo el deterioro y abandono que se observa en La Habana, de estos cuadernos surge una luz de esperanza. No creo que sea un voluntarioso espejismo de mi parte. En esas disciplinadas labores escolares se vislumbra la esperanza de una posible nueva Cuba, una Cuba que no haya olvidado las ilusiones de la Revolución y haya aprendido de sus muchos tropiezos. Así como los estudiantes, trabajosamente, como de un palimpsesto, aprenden sus lecciones, así puede renacer Cuba. Así puede también ser posible humanizar el inevitable avance de un capitalismo que tiende a expresarse con frecuencia alarmante en formas y modos deshumanizantes. Hago mis maletas (no olvido mi pijama) y parto con todo el grupo al aeropuerto. Sigue una larga espera que aprovecho para comprar café (de esto hay mucho) y algunos cassettes (de lo que hay muy poca variedad). El viaje de vuelta a Miami en ese agradable avión del Lloyd Aéreo Boliviano es muy silencioso; si hay conversación, es más bien cuchicheo. Ni asomos de la expansividad que es de rigor al regreso de unos días en Latinoamérica. Por mi parte, no me siento con ganas de hablar con nadie. No hasta que pueda ordenar mis pensamientos. Y, mientras vuelo a Miami, decido que no escribiré mis "impresiones sobre Cuba" para el periódico que en otras oportunidades me ha ofrecido espacio. Ni tampoco aceptaré la cordial invitación de un buen amigo a participar en un diálogo en la televisión hispana de mi ciudad. De pronto me he dado cuenta que este viaje es algo muy importante y privado y que necesita del tiempo necesario para la reflexión antes de que pueda ser compartido. Y hay algo muy extraño en todo esto; ya casi no me acuerdo a lo que vine a La Habana; casi no pienso en el "Congreso Internacional sobre Julián del Casal y el Modernismo".

Bajamos del avión en Miami y, casi sin despedirnos, nos perdemos en el aeropuerto, en busca apresurada del vuelo próximo que ha de llevarnos a variados, múltiples destinos. Ha terminado nuestra aventura común. Mi vuelo se atrasa y esto me da unas cuantas horas para preparar el ánimo antes de mi vuelta a Hartford donde también me esperan problemas que debo resolver pronto.

Llegaré a casa a tiempo para la cena. Atrás habrá quedado Cuba con los pobres despojos que quedan de una revolución cuando ésta ya no existe. Algo que me hace entender mejor eso de “cómo se vería la luz de una vela cuando está apagada”.

(Hartford, 28 de octubre, 1995)